

Traducción del original en inglés.

Mutuality.

Dissanayake, E.

Cita:

Dissanayake, E. (2000). *Mutuality*. Traducción del original en inglés.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/mariana.bordoni/39>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pvck/WuK>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Arte e intimidad. Cómo comienzan las artes?

Ellen Dissanayake

Capítulo 1: Mutualidad

En la América del Norte contemporánea así como en otros sitios, la temática del amor es confusa y desconcertante. La palabra es usada para significar todo lo que va desde el afecto hasta la devoción, de la ternura a la pasión, de caritas a ágape. Al igual que el término “intimidad”, a veces refiere de manera automática, al amor romántico y al sexo (“hacer el amor”). En este libro utilizo los términos “amor” e “intimidad” debido a su atractivo intrínseco, pero es más útil abordar lo que con ambos quiero decir a través del uso menos familiar (y con menos carga cultural): “mutualidad” [1].

Aunque mutualidad parezca referirse, al menos en inglés, a algo aburridamente legal o financiero, hay otras definiciones en el diccionario que resultan más instructivas y atractivas: “dirigido por cada uno hacia el otro o los otros”; “tener los mismos sentimientos el uno por el otro”; “compartido en común” y “caracterizado por la intimidad”.

Obviamente, amor y mutualidad no son siempre la misma cosa; por ejemplo, podemos amar sin ser correspondidos, a la distancia, en vano, demasiado, no lo suficiente. En estos casos la mutualidad es lo que el amor desea y podría no obtener. Como la gente frecuentemente hace, podríamos decir que el amor es algo loco o divertido, un misterio, una suerte de locura divina. Solemos escuchar (o nos decimos a nosotros mismos), que el amor es una ilusión, la “luz mala”¹. Desde el punto de vista clínico, es visto como proyección, narcisismo, alucinación del sí-mismo, o un truco de la naturaleza para propagar la especie.

La mutualidad entre madre e hijo, tal como la describiré, no es ninguna de estas cosas: ni es de “un solo lado”², ni “no correspondida”, ni una ilusión, proyección o truco. Sugiero que la mutualidad es la fuente que, entre individuos que son pares o miembros de un mismo grupo, origina los lazos afectivos y de afiliación subsecuentes, a muchos de los cuales llamamos “amor”. Más aún, podríamos agregar que las mismas capacidades y sensibilidades rítmico-modales³ que evolucionaron para hacer posible la mutualidad madre-infante, son las que crean y sostienen otros lazos de intimidad, incluyendo el de adultos al hacer el amor, lo cual debemos distinguir del acto de copular, tanto como debe diferenciarse el acto de cenar del de alimentarse, o como la expresión de gratitud

¹ N. del T.: En el original “will-o’-the-whisp.”

² N. del T.: En el original “one-sided.”

³ N. del T.: En el original “rhythmic-modal.”

hacia un animal luego de que lo hayamos cazado se distingue de la acción de tirarlo a la parte trasera de nuestra camioneta.

Bajo mi punto de vista, estas actividades que hacen a la subsistencia vital no siempre deberían ser reducidas, tal como lo han hecho de manera frecuente los psicólogos evolucionistas, a una mera satisfacción inmediata de necesidades físicas subyacentes. Los humanos hemos evolucionado con la capacidad y el deseo de realizar al menos algunas actividades ordinarias de manera especial o elaborada. Pero esto es adelantarme a la historia que quiero contar.

Debido a que el sexo es una necesidad biológica obvia, y que venimos predispuestos a encontrarlo sumamente interesante, propongo que primero observemos más de cerca la mirada evolutiva estándar del amor, antes de expandir la discusión a la temática de la mutualidad.

El imperativo sexual

En las sociedades modernas en particular, el amor romántico es tema de incontables canciones, poemas, novelas, películas, piezas de teatro y óperas – lo cual testimonia la penetrante importancia en nuestras vidas y el alboroto emocional que implican el enamoramiento, el cortejo, el deseo sexual, la posesión y la bendición de la unión, así como también los celos y el fin del amor. Esta preocupación con el amor no se da de manera uniforme en todos lados. Aunque las personas en varias otras sociedades ciertamente componen y escuchan canciones de amor y aman la poesía, se interesan con más frecuencia en historias de aventura y valor, o en historias que construyen lecciones objetivas acerca de conductas correctas. Los hombres jóvenes de las culturas nilóticas ganaderas en el sur de Sudán dedican mucho tiempo y originalidad a la descripción y a la adoración de los rasgos únicos de sus bueyes (Coote 1992) [2].

Por supuesto que los evolucionistas explican nuestra preocupación por el amor como un tema fundamentalmente de índole sexual -como evidencia y reaseguro de que la gente se reproducirá. Mientras escribo este capítulo, me doy cuenta de la existencia de una pareja de aves que diligentemente buscan insectos para sus cinco bebés, ubicados en un nido sobre un pequeño estante que está bajo mi alero. Parecen no descansar nunca, mientras sobrevuelan alimentan rápidamente un pico que se abre y luego se largan otra vez. Puedo determinar que esta actividad frenética que continúa desde que amanece hasta que anochece, es el último capítulo de la *raison d'être* de estas aves: la reproducción de una nueva generación.

Alrededor de una semana después de su llegada desde Sudamérica, el par construye conjuntamente su nido con bolas de barro mezcladas con pastos de tallo largo que colocan en capas regulares. Luego lo rodean con una alfombra de césped y la cubren con una manta de plumas suaves y blancas. La construcción del nido requiere de una semana de trabajo en total, luego de la cual la hembra pone sus huevos. Las aves empollan alternadamente y se proveen mutuamente con comida. Después de dos semanas los huevos se rompen y es entonces cuando los padres comienzan el verdadero trabajo: coleccionar cerca de novecientos insectos por día durante las siguientes tres semanas, lo que da un total de veinte mil gorgojos, chinches, saltamontes, escarabajos, mosquitos y otros insectos (Dunning 1994, p. 156); hasta que los pequeños sean capaces de dejar el nido por sus propios medios. Aún entonces, los padres continúan proveyéndoles comida, usualmente sobrevolando.

La actividad de los pájaros en primavera ilustra vívidamente un imperativo de la naturaleza que es igual para cualquier forma de vida: tú estás aquí para hacer pequeñas copias de ti mismo y luego (si, tal como ocurre con las aves, el cuidado parental es necesario) hacer todo lo que puedas para asistirlos a fines de que crezcan sanos, para que eventualmente ellos puedan hacer pequeñas copias de ellos mismos.

De aquí la importancia del sexo –manera en que nombramos al impulso que asegura la sucesión de todo esto, aun cuando el uso ordinario de la palabra tiende a restringir su significado a la actividad física de copular. De todas maneras, a los animales el acto de aparearse les lleva una mínima parte del todo– es un medio para el fin de fabricar descendencia. Biológicamente hablando, el sexo (o más precisamente, la reproducción) es una categoría de conducta general que abarca casi todo lo que el animal hace.

Para los machos usualmente incluye encontrar un territorio y defenderlo, así como obtener y desplegar recursos de vigor y virilidad (a través de medios tales como cantar, alardear e inclusive pelear con otros machos), para atraer a la mejor compañera posible. Las hembras también despliegan recursos propios –frecuentemente signos de juventud y, por ende, de salud y fertilidad – y después de cargar con sus crías, dan todo lo que tienen para criarlas. En algunas especies hay ligeras variaciones en estos roles, ambos miembros de la pareja pueden compartir la construcción y la provisión para el nido. Pero en todas las criaturas de ambos sexos, la reproducción en este amplio sentido hace que ellos mismos, y quizás también el mundo, sigan girando. Si así no ocurriera, no habría nuevas criaturas cada estación para reemplazar a aquellas que han envejecido.

¿Es esto válido para los humanos? Por más absolutamente absorbente que el sexo pueda ser en ciertos períodos de nuestro día o de nuestras vidas, la mayoría de la gente cree que su existencia depende de razones que van más allá de hacer el amor y reproducirse. Más allá de las molestias y las satisfacciones que implica la crianza de los niños, en el mundo hacemos cosas que nos proveen de auto-satisfacción. Mientras existe gente que parece no hacer otra cosa más que producir y gastar dinero, o sufrir por no saber para qué estamos aquí, probablemente haya otra que siente (o espera) que podría hacer más feliz la vida de otras personas. Estamos aquí para aprender, enseñar, predicar, servir, entablar amistad, construir, crear, defender, ayudar a los que lo necesitan, y en la medida de lo posible encontrar esperanza y significado en la vida.

Es probable que en los milenios más tempranos de la evolución homínida, alrededor de cuatro o cinco millones de años atrás, nuestros ancestros –así como otros animales- no pensarán acerca del significado y el propósito de la vida en general o de sus vidas individuales. Como los crustáceos, las lagartijas y los antílopes que cazaban para comer (o como las aves bajo mi alero), nuestros ancestros existían para sobrevivir y reproducirse –esto quiere decir que sus vidas cotidianas consistían en realizar actividades que en última instancia, contribuían a su supervivencia y a la de sus crías. Si los ancestros humanos así como otros animales salvajes, no hubiesen dado sus esfuerzos más supremos para la reproducción exitosa, tú y yo no estaríamos hoy en la búsqueda de nuestras existencias individuales.

Debido a que vivimos mucho más que los ancestros humanos, mucho más allá de la edad reproductiva temprana y estamos escudados por una sociedad próspera que nos protege de la presión de la subsistencia básica, podemos no estar particularmente conscientes de lo que significan los imperativos reproductivos en nuestras vidas. Sin embargo la perspectiva evolutiva ayuda a que

nos demos cuenta de que aún si nuestras vidas parecen no estar dedicadas a la reproducción en un sentido obvio, muchas veces nos comportamos como nuestros ancestros en modos que hubiesen aumentado nuestro éxito reproductivo en el pasado (y podrían, de hecho, hacerlo también hoy).

Generalmente elegimos nuestra ropa, maquillaje y peinados para vernos bien frente a los otros, atraer compañeros y aliados o para competir con rivales. Trabajamos duro para adquirir una linda casa, un auto y otras posesiones. Nos esforzamos por mejorar y desplegar nuestras habilidades, nuestra capacidad atlética y aptitud física, nuestra amabilidad, sociabilidad, competencia, liderazgo, prosperidad, confianza, maestría, discernimiento, conocimiento. Aunque estos esfuerzos benefician a otros y son socialmente útiles, también publicitan nuestras ventajosas cualidades de reproducción aún si no tenemos hijos o si por alguna razón somos padres imperfectos.

Para los machos, el imperativo reproductivo además significa disfrutar de la compañía de mujeres jóvenes y saludables con rasgos físicos y temperamentales que indiquen un buen potencial de embarazo y parto. Lo que llamamos “belleza” en una mujer usualmente hace referencia a signos de juventud (inclusive algunos rasgos subliminalmente reminiscentes de la infancia): piel suave, clara y sin imperfecciones, carne firme, pelo brillante, labios carnosos, busto turgente y bien formado y caderas con una cintura proporcionadamente angosta y una disposición amistosa y receptiva.

Mientras que algunas mujeres mayores pueden resultar “interesantes” y tener su propio tipo de belleza digna y madura (y las jóvenes no necesiten ser hermosas como una estrella de Hollywood), es obvio que dada la opción, la mayoría de los hombres prefieren la compañía de hembras jóvenes a la de aquellas que despliegan signos de edad (con su sobresaliente pérdida de potencial reproductivo): caras arrugadas u ojerosas, cabello fino o canoso, labios comprimidos, piel y carne flácidas, flojas, manchadas y oscurecidas, cintura ancha y un estilo “maduro” (competente, asertivo y argumentativo). No es simplemente una cuestión de gustos generales, ya que los hombres no requieren de los mismos estándares para sus compañeros hombres. Como mencione antes, esta observación no implica que las mujeres mayores no posean atractivo sexual alguno, a lo que apunta es a que en la mayoría de los casos, las mujeres que están en edad de reproducirse tienden a recibir un trato más atento y favorable de parte de los hombres que el que obtienen las mujeres de más edad. Parece ser algo injusto, pero existen razones evolutivas indiscutibles para este sesgo.

Las mujeres también se interesan románticamente por hombres jóvenes, saludables y atractivos, pero a diferencia de los hombres, requieren en general de algo más que sex-appeal para acceder a la unión sexual. Buscan indicadores de los “recursos” que posee el hombre (tiempo, dinero, atención y emoción) y que está dispuesto a “invertir” en la relación. Aunque las mujeres pueden no ser conscientes de ello, son una señal tácita de la predisposición de ese hombre a quedarse y ayudar a proveer cualquier resultado que produzca el apareamiento, algo que preocupaba de manera crítica a sus antepasados paleolíticos.

Aun cuando no sean particularmente jóvenes o físicamente apuestos, los hombres con ambición, dominancia y estatus (social, atlético, financiero, político) suelen ser atractivos para las mujeres porque demuestran superioridad en la adquisición de recursos que, a lo largo de los milenios, han contribuido al éxito reproductivo de sus compañeras (y eventualmente al de sus hijos). Estas diferencias en la manera en que hombres y mujeres se presentan unos a otros y en lo que buscan en sus compañeros han sido identificadas en numerosos estudios de investigación. Se hacen evidentes también en la lectura breve de los avisos personales de cualquier periódico.

Sin dudas, los hombres también quieren como trofeo a las mujeres con estatus. Pero las mujeres de estatus alto rara vez forman pareja con hombres de estatus bajo, mientras que los hombres de estatus alto están bastante predispuestos a formar pareja con mujeres de bajo estatus y aún casarse con ellas si es que son jóvenes y bellas. En términos generales, la juventud y la belleza son recursos suficientes para las mujeres.

Si bien es cierto que en las últimas cuatro o cinco décadas en las sociedades occidentales las diferencias entre hombres y mujeres en las conductas y en las actitudes sexuales han disminuido, aún permanecen notables diferencias en fenómenos tales como la frecuencia en la masturbación (los hombres lo hacen más), el timing y las causas de la excitación (los hombres se excitan más rápidamente que las mujeres, las mujeres se excitan más por el tacto y menos por lo visual -lo cual excita más a los hombres), encontrar atractivo el rasgo de dominancia (las mujeres sí, los hombres no), la disociación entre coito e involucramiento emocional (los hombres sí, las mujeres no), y la motivación para el coito (Townsend, Kline y Wasserman 1995, p. 31). Para una mujer, el número de ofertas sexuales que recibe incide menos en el número de compañeros que tendrá que las actitudes que expresan sus conductas, mientras que para el hombre, la oportunidad tiende a ser la principal influencia en el número de compañeras, además de la actitud propia (Townsend, Kline y Wasserman 1995, p. 43).

Algunos atribuyen el hecho de que la mujer americana este tan preocupada por la implicación emocional de sus eventuales compañeros, a la ideología de amor romántico extático que se ve en las novelas, canciones populares y películas que ávidamente consumen. Sin embargo uno puede preguntarse, por qué - dado que la fantasía romántica es tan inevitable- son las mujeres las que consumen este tipo de cosas, mientras que los hombres generalmente eligen historias y películas de aventuras y leen más pornografía que romance.

Estas diferencias en las actitudes sexuales y conductas de la mujer y el hombre humanos se basan en diferencias biológicas evolutivas. Para los ancestros mujeres, una copulación fértil requería de la inversión de nueve meses de gestación en su descendencia, implicaba peligros en el parto, dos años o más de lactancia, el cuidado casi continuo de un infante necesitado y demandante y otros tantos años de vigilancia y solicitud incansable. Su éxito reproductivo dependía no sólo de un compañero saludable y vigoroso para producir esperma de alta calidad que contenga sus cualidades saludables y vigorosas, sino también de tener un compañero dispuesto a proveer, defender y brindarle a ella y a su hijo otro tipo de cuidados, especialmente durante las primeras semanas, meses e inclusive años en los que ambos están en mayor riesgo. Teóricamente y de modo contrario, los hombres ancestrales sólo necesitaban invertir para una copulación fértil, quince minutos de su tiempo y su rápidamente repuesto esperma. De este modo el hombre tenía mucha menos necesidad de mirar más allá de la juventud y el sex-appeal de su eventual compañera, que recompensaban su contribución física de manera suficiente.

Sin embargo, para el éxito reproductivo del hombre es mejor que éste se quede y ayude a la madre a cuidar a su infante, pero su pérdida, ya sea debido a su irresponsabilidad o a la elección descuidada de una compañera no se parece en nada a la de ella. (Ella no sólo pierde un niño sino al menos un año de su vida en albergar lo que de hecho es un endoparásito, un “compañero silencioso” que consume una porción sustanciosa de los nutrientes que incorpora en su cuerpo— para no mencionar el hecho de que debe posponer por bastante tiempo la posibilidad de tener un hijo con un padre

más apropiado). Además, a diferencia de la mujer, un hombre nunca puede estar realmente seguro de que el niño es suyo. Con el éxito reproductivo como único criterio, el hombre se beneficia al poner su esperma en el nido de otros hombres y dejar que estos hombres ayuden a criar a su descendencia con sus recursos.

Esta diferencia en el costo de la inversión reproductiva también explica por qué a veces las mujeres se sienten atraídas por hombres mayores, inclusive físicamente poco atractivos, que tengan dinero, fama, prestigio y poder. Henry Kissinger fue reconocido por observar que el poder es el afrodisíaco primordial. Para los atletas, músicos, autores, artistas y políticos masculinos exitosos - especialmente si son corpulentos, seguros y cincuentones, como lo era Kissinger cuando hizo su observación- las fanáticas son un prerrequisito legendario de logro, un plus que pocas veces obtienen las atletas, músicos, autoras, artistas y políticas femeninas.

Por supuesto que los hombres y las mujeres de hoy, no evalúan conscientemente el potencial reproductivo y de recursos de los hombres y las mujeres que conocen y juzgan. Pueden expresamente no querer tener hijos, o ni siquiera estar interesados en una asociación a largo plazo; pero es frecuente que encuentren atractivas las características del sexo opuesto que durante tiempos ancestrales predecían el éxito reproductivo, independientemente de que estas actúen a favor de su inclinación. En sus cerebros, los circuitos neuronales han sido formados para responder a estas señales y para producir respuestas conductuales apropiadas. Podemos, y de hecho lo hacemos, amar y desear a mujeres poco curvilíneas, jugosas y dispuestas, y a hombres que no son apuestos ni influyentes. La chica sexy y voluptuosa puede resultar una cualquiera, y el hombre influyente, un tarado, de manera tal que con gusto nos conformamos con alguien que sea menos que un Diez Perfecto ya que hay otras razones para elegir compañeros que van más allá de las sexuales. Pero, aun así, lo que nos excita de nuestros compañeros “menos que ideales” son las mismas características que resultaban deseables en la Savannah.

Una visión más abarcadora del éxito reproductivo

La sección anterior ha sido algo así como una caricatura, y aunque sus líneas básicas son exageradas como las de otras caricaturas, presentan una similitud con la conducta reproductiva humana. Pero esta similitud es sólo parcial y no la historia completa: el interés sexual, la elección, el deseo y la infatuación que llevan a la cópula son sólo el comienzo del éxito reproductivo. Aunque los humanos al igual que otros animales se interesan en la calidad del compañero (vigor y otros recursos) para el logro de una copulación fértil, e inclusive para la provisión por parte del padre al hijo y a la madre luego de dar a luz, su éxito reproductivo evolucionó de tal manera que para satisfacerse necesita de algo que difiere de lo que necesitan los animales.

Aún si el cuidado maternal es vital para el resultado reproductivo de cualquier mamífero, en las madres y en los infantes humanos la relación emocional de mutualidad –expresada, coordinada y elaborada en conductas interactivas- se volvió crecientemente indispensable. Tal como mencioné en la introducción, una proporción preponderante de estudios sobre el éxito reproductivo humano pasó por alto o no se percató de este hecho prominente y trascendental.

La primera relación

Los humanos comparten con otros primates el apego cercano y duradero entre madre-hijo. Aquellos que han convivido con monos y simios, ya sea en la selva, el zoológico o el laboratorio, han reportado que las madres y las crías se estresan si uno queda privado del otro, ya sea por muerte o por accidente. Los bebés macacos Rhesus criados como huérfanos en laboratorios, si bien cuando están en sus jaulas toman leche en una mamadera que se encuentra atada a un muñeco de alambre, eligen pasar el tiempo aferrados a una “mamá” hecha de trapos y correr a ella en busca de consuelo cuando tienen miedo (Harlow 1958; Harlow y Zimmermann 1959). Podemos dar por sentado que los primeros homínidos también tenían lazos íntimos madre-infante que a causa de alguna razón evolutiva, evolucionó como más cercana, rica y versátil que aquella de los simios y los monos.

Tal como describí en la introducción, resulta paradójico que la bipedestación – la capacidad de caminar en dos patas en vez de en cuatro- haya necesitado que los bebés humanos nacieran en estado de indefensión para poder sobrevivir. Los infantes humanos son altriciales (de la palabra latina que significa hembra nutricia e implica que los pequeños no pueden alimentarse por sí mismos [3]) al igual que las crías de muchas aves, para las que fue acuñado por primera vez el término. (En aves tales como las que describí antes, ambos padres pueden alimentar al joven altricial; en humanos y otros mamíferos, es la madre quien inicialmente provee los nutrientes segregados por su propio cuerpo en forma de leche.) Los jóvenes altriciales que exitosamente inducen a su madre o padre a cuidarlos, prosperarán; aquellos cuyos padres no se sientan recompensados cuando cuiden a su pequeño y vean en él un presagio de dificultades más que un motivo de alegría, fallarán en prosperar.

Parece muy natural que las criaturas vivientes encuentren gratificante la parentalidad. La vista de ese pico abriéndose con entusiasmo, o el olor de ese gatito empapado en líquido amniótico inspiran a la madre y al padre alguna manera, a realizar lo que sea necesario y continuar haciéndolo mientras sea requerido. Algunos primates tienen que reforzar esta tendencia natural a través del aprendizaje y la observación de otras madres con sus bebés.

Obviamente los primeros homínidos poseían las motivaciones y los refuerzos sociales de sus primos primates que los habilitaban a cuidar a sus crías. Así lo hacemos hoy la mayoría de nosotros, quienes sentimos una satisfacción innegable cuando cuidamos una cosita pequeña e indefensa – especialmente si es nuestra. Antes de dar a luz y al momento de amamantar, el cerebro de las madres libera algunos neurotransmisores como la oxitocina, con lo que se demuestra que el “afecto maternal” es una realidad biológica, siempre y cuando no haya interferencias de índole psicológica o física. Además, nuestros circuitos cerebrales han evolucionado como para responder con ternura y emoción positiva a los signos de “lo amable”: el tamaño pequeño, una cabeza redonda que resulta grande cuando se la compara con el cuerpo, ojos grandes, mejillas rellenas, suavidad y otros indicadores de infantilidad, tanto en nuestra especie como en animales bebés, mascotas, peluches, dibujos animados, e imágenes de avisos publicitarios.

Aunque mucha gente lo da por sentado, el amor maternal ha sido una adaptación evolutiva importante. Hasta los años 60, los psicólogos generalmente lo pensaban como bastante sencillo: las madres humanas, como las de otros animales, tenían “emoción maternal”, y los bebés –a través del condicionamiento, como las mascotas– gradualmente llegaban a amar a la persona que los alimentaba y los cuidaba.

En 1969 en Inglaterra, un psiquiatra de niños interesado en etología, llamado John Bowlby, desafió esta idea bastante simplista en el primer volumen de *Attachment and Loss*, un tratado que abrió muchos caminos. Bowlby conocía las reacciones de niños pequeños que debido a varias razones – enfermedad, muerte, dispersiones de la guerra, abandono– habían sido separados de sus madres, lo cual lo llevó a formular la existencia en los infantes, de la necesidad positiva de formar con sus cuidadores lo que él denominó apego. Hacia la edad aproximada de ocho meses, y especialmente en circunstancias de incertidumbre, los niños de todas las culturas hacen cosas similares para atraer y sostener la atención de sus madres: lloran cuando se separan de ellas, levantan sus brazos para ser alzados, se aferran a sus cuerpos, se quedan cerca de ellas y las miran con frecuencia aun cuando juegan felizmente. Lo hacen independientemente de que ellas les hayan demostrado o no afecto. En los orfanatos, los niños pequeños usualmente eligen a alguien del personal como su favorito, aún si son otros individuos quienes los alimentan y atienden. Contrariamente a asunciones previas, la tendencia a apegarse fue observada como algo que se distingue del condicionamiento simple a un estímulo positivo como lo son la comida y el cuidado.

Bowlby sugirió que el valor evolutivo del apego residía en que el bebé cazador-recolector indefenso no anduviese vagando por ahí, y que al sentirse asustado o solo, intentase de alguna u otra manera llorar, alcanzar, moverse hacia, o retomar el contacto con una figura protectora específica, antes de permanecer vulnerable ante posibles accidentes o predadores [4]. Muchas crías de aves y mamíferos tienen conductas comparables.

Desde la formulación de Bowlby, varias investigaciones con infantes mucho más pequeños han enriquecido su trabajo pionero, demostrando notables e inesperadas habilidades tempranas e inclinaciones a la interacción y la intimidad. Esto sugiere que el apego –que en el esquema de Bowlby aparece alrededor del momento en que el bebé puede moverse por primera vez solo, y que se ocupa principalmente de la seguridad física del infante a través de la “búsqueda de proximidad”- debe ser visto como una consecuencia tardía de una predisposición igualmente innata y adaptativa a involucrarse en relaciones y comuniones emocionales que va más allá de cualquier necesidad de protección.

Colwyn Trevarthen (1979, 1998), psicólogo de la universidad de Edimburgo, ha llamado “intersubjetividad innata” a esta predisposición. La plantea como una disposición intrínseca fundamental del bebé a buscar, responder a y afectar la provisión maternal tanto de protección física y cuidados, como de regulación emocional y apoyo – o sea, de compañía. Los estudios de Trevarthen, como tantos otros, muestran claramente cómo el par madre-hijo se engancha en una interacción mutuamente improvisada, basada en competencias y sensibilidades innatas –interacción que a veces es llamada “babytalk”, cuya importancia fue pasada por alto sino descartada durante años [5]. Mucho antes de que el apego descrito por Bowlby tenga lugar, este pasatiempo común que aparenta ser trivial y vano, provee a ambos participantes de placer e intimidad, y posee beneficios significativos para el desarrollo del infante.

Las complejidades del babytalk

En todas las culturas, desde las primeras semanas, las madres humanas (y aún otros adultos) se comportan de manera diferente cuando están frente a infantes que cuando están frente a adultos o incluso a niños más grandes. En la mayoría de los casos, la madre exagera las vocalizaciones hacia su

bebé, sus expresiones faciales y los gestos y movimientos de cabeza y cuerpo, haciéndolos más claros y rítmicos. A cambio, los bebés responden con sonidos, expresiones y movimientos propios que se corresponden con los de ella y luego de los primeros meses una performance ritual multimedia emerge y se desarrolla. Satisfaciendo exquisitamente a ambos participantes, inunda tanto a la madre como al bebé de un placer especial que se vuelve más poderoso debido a que no es sentido de manera solitaria (como el interés, la excitación o la alegría que experimentamos cuando pensamos u observamos a nuestro bebé en privado) sino que se refleja espejadamente⁴ o se comparte.

Esta interacción madre-infante ha sido muy estudiada en un número de culturas diferentes en el último cuarto de siglo [6]. Actualmente, sus comienzos son reconocidos desde el nacimiento, aunque a medida que pasan las semanas y los meses se va convirtiendo en un dúo conscientemente improvisado que mejora sobre la marcha. Alrededor del mundo, la gente (especialmente las madres) le habla a los bebés (y generalmente a cualquier criatura pequeña) en un registro vocal especial: un tono de voz más alto, suave, más respirado y cantado. Los contornos –las subidas y bajadas - de estas pronunciaciones son mucho más lábiles y exagerados que los contornos del discurso ordinario dirigido a otros adultos (Fernald 1992).

En muchas culturas, las madres hablan a los bebés pequeños como si esperaran de ellos una respuesta aun sabiendo que los infantes no pueden entender palabras: “¿Demasiada leche? ¿Has tomado demasiada leche? Ohhhh!”. Algunas sociedades no tienen la tradición de hablar a los bebés, pero pueden suplementarla por el uso de algunos otros sonidos regularmente rítmicos como el chasquido de la lengua, murmullo, susurro o golpeteo de labios entre sí, con movimientos físicos y expresiones faciales exageradas.

Mientras hablan o emiten sonidos, las madres mecen o palmean al bebé y también lo contemplan y miran a la cara. Usualmente sonrían. Lo que dicen, al igual que la poesía y la canción, está estructurado en el tiempo: si se lo transcribe, revela segmentos formales como estrofas, generalmente basados en un tema, variado, que se relaciona con las miradas o acciones del bebé (frecuentemente con su digestión: eructos, hipo, caca), o a veces con el amor -por ejemplo, “Mami te ama. Sí. Sí. ¿Sabías que Mami te ama? Sí lo hace. Lo hace. Ella te ama.”

Como sucede en este segmento, las palabras se organizan en frases de alrededor de tres a cinco segundos de duración cada una (ya sea que tengan una o siete sílabas) (Lynch *et al.* 1995; Turner 1985). Las expresiones son rítmicas y altamente repetitivas. Al final de la estrofa, luego de una pausa, otro tema puede sugerirse: “¿Estás con sueño? ¿Estás con sueño ahora? Vamos, no te duermas todavía. Noooo. No te duermas todavía. Vamos. Vamos. Está bien entonces. Está bien.”

Alrededor de la cuarta semana, sino antes, mientras la madre le habla de esta manera, el bebé responderá atentamente con su mirada, hará contacto ocular real y le sonreirá de manera deliberada. Sus ojos le mostrarán percatación y una especie de complicidad: para la madre será innegable que el niño le responde a ella, a su voz, a su sonrisa, a su toque⁵, a su ser.

⁴ N. del T.: En el original “mirrored.”

⁵ N. del T.: En el original “touch.”

No sabemos en que momento de la evolución humana apareció este fenómeno [7]. Aunque los primates en general tienen circuitos cerebrales especializados dedicados a identificar y responder a los estados emocionales de los otros que se ven expresados en sus caras, sus voces y su conducta (Brothers 1992; Brothers y Ring 1992; Brothers, Ring y Kling 1990), solamente los humanos poseen una sonrisa social ligada al contacto ocular sostenido. Los etólogos proponen que la sonrisa social humana se deriva de una expresión similar usada por los simios adultos (y presumiblemente por ancestros humanos) para apaciguar, tal como lo hacen los bonobos (un tipo de chimpancé que es considerado tan cercano al humano como el chimpancé más grande) (de Waal 1989, p. 224), o para reasegurar y saludar amistosamente, tal como lo hacen los chimpancés (van Hooff 1989, p. 138). Estas señales desvían la posible hostilidad de un otro más grande y poderoso; aun hoy usamos la sonrisa cuando accidentalmente nos chocamos con extraños, para darles a entender que no estamos siendo deliberadamente agresivos ni amenazantes.

Los rostros, y especialmente los ojos, tienen una enorme importancia para todos los primates porque indican estados emocionales y, por ello, probablemente intencionalidad. En el cerebro hay células especiales que responden a sutiles cambios expresivos (Brothers 1992; Brothers y Ring 1992; Brothers, Ring y Kling 1990). En el mundo animal, mirar al otro a los ojos es una señal potente que normalmente indica agresión y puede ser vista como tal cuando dos machos humanos se desafían mutuamente en las películas de “hombres duros”. Aunque el contacto ocular breve se sincroniza con el comienzo y el fin de una emisión verbal (Baron-Cohen 1995, p. 118), en la mayoría de las situaciones humanas el contacto ocular prolongado es desconcertante. Hay dos excepciones en que no resulta así: cuando indica confianza y rendición entre amantes; y entre madres y bebés. (De hecho, en infantes el contacto ocular es disparador de la sonrisa (Baron-Cohen 1995, p. 42).)

Con la invención de la alimentación con mamadera, inclusive los padres pueden experimentar la deliciosa intimidad de contemplar los ojos gratificantes y atentos de un bebé que succiona; las madres nodrizas probablemente hayan experimentado este placer intoxicante por cientos de miles de años. La explicación convencional del motivo por el cual la mujer tiene pechos grandes se debe a la selección sexual masculina –esto quiere decir que las mujeres con pechos protuberantes son preferentemente seleccionadas por los hombres como compañeras sexuales. Parece posible además, que un pecho redondo haya resultado adaptativo debido a que permitía que madres e infantes se miraran mutuamente a los ojos en el momento en que el bebé succionaba (Reynolds 1975). La comunión y el apego de los bebés con sus madres parece ser una fuerza selectiva tan fuerte como la de la elección masculina [8]. Ningún primate femenino no humano tiene pechos grandes, en estos casos cuando el bebé succiona es obligado a ubicar su cara cerca del pecho de la madre o, con suerte –en esas especies cuyos senos son largos y flácidos – a voltearse y mirar hacia fuera. A excepción de los bonobos, que se miran a los ojos mutuamente mientras copulan, ningún primate no humano mantiene un contacto ocular sostenido salvo en contextos de amenaza y agresión, tal como lo hacen otros animales.

Alrededor de la octava semana del bebé, el babytalk de la madre humana es principalmente calmo y afectuoso: provee un tipo de regularidad tranquilizadora, como una canción de cuna. Puede haber también una jocosidad tierna y cantada: “Háblame, háblame, ¿no quieres hablarme?”. Gradualmente, ella involucrará la atención de su hijo con mayor insistencia, atrayéndola y sosteniéndola por medio de pausas e inicios, moviendo su cabeza más cerca y más lejos o levantando su mentón y dejándolo caer repentinamente, mientras emite expresiones exageradas

con los ojos abiertos y los labios fruncidos, y quizás un “tch” o chasquido de lengua. (Podemos observar a extraños haciendo este tipo de cosas a los bebés en la fila del supermercado y en otros lugares públicos). Tales payasadas generalmente inducen al bebé a responder con contorsiones, patadas y sonrisas. Sin la respuesta esperada del infante (y el deseo propio de provocarla), no habría razón alguna para comportarse de esta forma que resulta inexplicable en cualquier otro contexto [9].

Una vez que las sonrisas se vuelven regulares y predecibles, el tango madre-infante realmente despegas en una improvisación libre al tiempo que el bebé se torna aún más animosamente interactivo. La madre puede sostenerlo en brazos de cara a ella, o puede inclinarse sobre el infante en su cuna, en el piso o en un pequeño asiento. La palabra “enganche”⁶ resulta apta para todo aquel que ha observado una cinta de video de interacción madre-hijo. Hay un momento discernible cuando esto sucede: la atención del bebé se engancha y los dos se involucran, como el embrague de un auto, adelante y andando, compartiendo un paseo “mutuo” que no se detiene.

Las patadas y los movimientos de brazos del bebé, sus sonrisas, gorjeos y balbuceos e incluso sus hipos, se entretajan con los gestos, sonidos y meneos de cabeza u otros movimientos faciales de la madre hasta que alguno de los dos –generalmente el bebé- mira hacia otro lado y se “desengancha”, quizás a causa de que ha sido sobre estimulado. A partir de entonces la madre podrá empezar de nuevo con un nivel de intensidad menor. Si el bebé se aburre o se fastidia, la madre tratara de atraer o distraer al bebé más activamente y reenganchar su atención en un nuevo ciclo, usando un tipo de contorno vocal diferente de los que usa para cuando su hijo esta placenteramente excitado (Papousek, Papousek y Koester 1982).

Un análisis temporal de los sonidos, movimientos y expresiones faciales de estas secuencias interactivas revela un entonamiento sorprendente, una sincronización de la interacción [10]. Ambos, madre y bebé, ajustan sus respuestas mutuamente en segundos o fracciones de segundos, de acuerdo a “reglas” discernibles de regulación mutua que se crean mientras llevan adelante la interacción (Beebe 1986). Resulta particularmente interesante que los infantes pequeños además de ser supremamente sensibles y responsivos a las propiedades rítmicas de los sonidos, expresiones faciales y movimientos corporales de la madre, tienen la capacidad de percibirlos “crossmodalmente”.

Los bebés de tres semanas por ejemplo, pueden percibir las similitudes entre colores brillantes y sonidos fuertes (Lewkowicz y Turquewitz 1980). A los seis meses reconocen que un tono pulsante (oído) y una línea punteada (vista) son similares, como lo son un tono continuo y una línea entera (Wagner *et al.* 1981). Así, en las interacciones tempranas, las conductas no son sólo reflejadas o imitadas directamente, sino también apareadas por cualquiera de los miembros de la díada en cualidades supramodales tales como intensidad, contorno, duración o ritmo - que se aplican a cualquier modalidad de sentido [11]. Esto equivale a decir que un sonido fuerte puede aparearse con un fuerte movimiento de brazo o de pierna (o viceversa) y que el contorno de caída de un movimiento de cabeza puede ser apareado por un contorno de caída en la voz (o viceversa) (Beebe y Gertsman 1984; Eimas 1984; Marks, Mammeal y Bornstein 1987; Stern 1985).

Cuando el bebé alcanza los cuatro o cinco meses de edad, la madre (que ya ha improvisado juegos rítmicos carentes de sentido) frecuentemente agrega canciones especiales a su rutina de babytalk – canciones improvisadas en el momento, canciones tradicionales de guardería, o inclusive canciones

⁶ N. del T.: En el original “engagement.”

de adultos- y las acompaña ahora con movimientos de cabeza hacia arriba y abajo, o enérgicos balanceos de lado a lado. Sus expresiones faciales exageradas (ojos amplios y a veces giratorios, boca fruncida, cejas levantadas, chasquidos de lengua, mentón levantado) acompañan las canciones o las expresiones vocales que emite entre canciones (que continúan teniendo contornos vocales y tempo exagerados, cambios dinámicos y pausas pregnantas). Más que calmar al infante, lo entretiene ahora de manera enérgica y deliberada, llegando al clímax con rimas cantadas o canciones de guardería, tales como “Este pequeño cerdito” o “Eentsy-Weentsy araña.” Los bebés de seis meses pronto aprenden a anticipar el clímax y esperan la pausa conteniendo el aire ante el inevitable “wee-wee-wee” o la cosquilla, para luego romper en sonoras carcajadas. Si lo cargan en brazos o bailan con él, o lo hacen rebotar de arriba abajo, el bebé urgirá a los padres a continuar a través de su propio corcoveo y balanceo rítmico.

Resulta interesante que el segmento que va de los 3,5 a los 5 segundos de duración de una enunciación típica de babytalk se corresponde con la longitud temporal de una línea poética, una frase musical y una frase de habla entre adultos (Lynch *et al.* 1995; Turner 1985). Que los infantes sean supremamente sensibles a esta medida universal y sus divisiones rítmicas en sílabas y grupos de sílabas, y que las madres los produzcan espontáneamente, argumenta a favor de que tanto la creación como la experiencia de las artes temporales, la poesía, la música y la danza (los movimientos que concuerdan con la música) son inherentes a nuestra psicobiología fundamental – nuestro sentido cerebral interno de ritmo y melodía.

El sentimiento de mutualidad que une a madres e infantes surge de ocurrencias en sus cerebros y otros sistemas corporales que son, por supuesto, tan desconocidos (e irrelevantes) para ellos como lo es el complejo funcionamiento de los nervios y los músculos cuando tocamos un instrumento o devolvemos una pelota en un saque de tenis. Los cerebros humanos responden a las señales de un amor especial, reconocidas (procesadas) como tales por los diferentes sentidos cuando llegan a nosotros, en forma de expresiones faciales interesantes (vistas), sonidos vocales atractivos (oídos) y movimientos corporales rítmicos (sentidos). Estas señales, cuando son exageradas y modeladas en patrones temporales, afectan al máximo el sistema nervioso del bebé: es decir que son procesadas por el cerebro como “buenas” –“afiliativas”- y son traducidas automáticamente en emociones de placer y deleite. Cuando se comparten con (son “apareadas” o reflejadas especularmente por) otro, resultan en estados que pueden llamarse entonamiento (Stern 1985), resonancia “inter-jo”, “el espacio de nosotros” (Nakano 1996) o, como yo lo hago aquí, mutualidad.

Los neurólogos (por ejemplo, Schore 1994, p. 80) describen el modo en que los indicadores externos de estados internos, tales como expresiones vocales, faciales y gestuales de adoración y placer, disparan la excitación psicológica tanto del “receptor” como del “emisor”, ya sea del infante y la madre o del amado y la amante. De esta manera, el hecho de producir la señal adicionalmente genera o refuerza la emoción (Ekman 1992; Ekman, Davidson y Friesen 1990; Ekman, Levenson y Friesen 1983). (Tales efectos de retroalimentación han recibido la atención popular de los estudios de pacientes hospitalarios que, a través del intento consciente de sonreír y reír, se recuperan de enfermedades de manera más rápida que aquellas personas que son malhumoradas o melancólicas (ver por ejemplo, Cousins 1979, 1983)). La simple realización del correlato facial o vocal de una emoción tiende a liberar los químicos cerebrales que hacen que la gente sienta esa emoción, de este modo podemos asumir que las primeras madres homínidas que realizaban e inclusive exageraban las

señales de afiliación a sus infantes, habrían producido en ellas mismas mayores sentimientos afiliativos y amorosos que si se hubiesen quedado con cara de póker, cuerpo tieso y silenciosas.

En un sentido mecanicista, lo que se produce, empareja e intercambia en los enganches madre-infante son estados positivos emocionales y motivacionales de interés, placer, entretenimiento, deseo de establecer relaciones, intenciones de agrandar e intención de comunicarse con el otro (Trevarthen 1984, 1990; Kokkinaki y Fiamenghi 1999). Emparejar o imitar los estados expresados por otra persona puede evocar estados psicológicos o corporales similares en uno mismo, y brindar así la posibilidad de “entrar en” o compartir los sentimientos del otro (Beebe y Lachmann 1988; Ekman, Levenson y Friesen 1983; Zajonc 1985). Ser espejado por otro realza el estado o el ánimo propio.

Los beneficios del babytalk

En el desarrollo del bebé, Trevarthen compara el pasaje hacia la mutualidad y la comunicación social con una flor que se abre. La receptividad incipiente a las formas de conversación e inclusive a la música y la poesía adultas está dentro del repertorio de los bebés desde el nacimiento, tal como los pétalos y partes de una flor están plegados en su pimpollo. Con el brillo del sol y la lluvia del amor y la participación cooperativa responsiva del adulto, estas propensiones infantiles se agrandan, se abren y se esparcen hacia fuera, ganando función y fruición.

Los psicólogos y otros especialistas han descripto los notorios y específicos beneficios que los infantes obtienen de este tipo de experiencias (por ejemplo, Greenspan 1997). Contribuyen al vínculo entre madre y niño, permitiendo que el par se ajuste a la naturaleza individual del otro. La madre dirige y modula el estado del bebé o su nivel de atención y excitación (por ejemplo, ella puede alertar, calmar, alabar y satisfacer (Fernald 1992, p. 420)), y al ofrecer esta regulación y soporte emocional, también ayuda a su hijo a lograr su autorregulación y equilibrio homeostático. El bebé aprende que su conducta afecta a los otros y que los otros desean e inclusive requieren su participación. Al interactuar con otros que no sean su madre, el niño adquiere práctica interpersonal en el reconocimiento de individuos y en la predicción de sus conductas y estados de ánimo, a partir de cambios sutiles en la voz, la cara y el movimiento corporal.

Las interacciones de babytalk también proporcionan prácticas intelectuales, lingüísticas y culturales. A través de la anticipación de lo que sigue en una secuencia familiar, el bebé “hipotetiza” o predice cuando un clímax va a ocurrir y experimenta su satisfacción. Ser capaz de reconocer patrones en el comportamiento de los otros –lo que los psicólogos llaman “secuenciar”- es esencial para la eventual competencia social e intelectual, haciendo posible la comprensión y predicción de las conductas de los otros (Greenspan 1997, p. 6, p. 67).

Escuchar las palabras maternas en el interjuego conversacional prepara el camino para el eventual lenguaje hablado, y contribuye a las habilidades de entendimiento y producción de sonidos con significado del bebé (Kuhl *et al.* 1997). La cara de la madre provee abundante información sobre lo que eventualmente se volverá gramática, algo de lo que podemos no ser conscientes quienes ya hemos aprendido a hablar, a menos que aprendamos el lenguaje de los signos para personas sordas, en donde las expresiones faciales son gramaticalmente significativas. Debido a que cada cultura tiene su estilo diferente de babytalk –más o menos verbal, más o menos intenso- el joven participante es expuesto a las normas de su grupo social particular.

Recientemente, algunos psicólogos (por ejemplo, Aitken y Trevarthen 1997; Schore 1994; Trevarthen y Aitken 1994) han propuesto que la interacción de babytalk cara a cara –o, más precisa y científicamente, los motivos que están activos en ella– proporciona una estimulación esencial e inclusive crucial para el cerebro en desarrollo del infante, dando forma e influenciando de manera crítica e indeleble, el funcionamiento intelectual, social y emocional del niño para toda la vida. El desarrollo normal de los bebés en culturas donde la mirada mutua es desalentada sugeriría que esta conclusión es demasiado apresurada. Sin embargo, en estas culturas los bebés son cargados continuamente por sus madres en medio de un ambiente social rico en el cual, a veces sin mucha comunicación cara a cara, ganan oportunidades similares de interacción y ajuste a los ritmos y estilos de sus íntimos. Por ejemplo, entre los Gusii de Kenia (Dixon *et al.* 1981), en donde se evita mirar directamente a los infantes y hay poca conversación con ellos, el análisis de filmaciones revela un alto grado de emparejamiento en conductas interactivas que les permite alcanzar un patrón rítmico y cíclico. Aparentemente los procesos de motivación pueden ser transmitidos por cualquier parte de la performance rítmica, modulada de manera dinámica y crossmodal – y no exclusivamente por los ojos y la cara.

Es interesante notar que los movimientos faciales y de cabeza usados por las madres en su ritual de babytalk también tienen lugar en la comunicación amistosa no-verbal entre adultos aunque no de un modo exagerado. Sirven como señales visuales para la motivación de contactarse y afiliarse. Las personas normales (e inclusive los psicóticos) producen estas señales visuales, que incluyen “mirar a”, “parpadear” (breve movimiento de cejas hacia arriba y abajo, usualmente acompañado por una sonrisa, que casi siempre elicitaba una sonrisa en el receptor), “hacer una reverencia” (movimiento rápido de la parte posterior de la cabeza hacia atrás, que funciona como una invitación amistosa o de aliento según el significado verbal que lo acompaña), “sonrisa” y “movimiento de cabeza” (usado para mantener el contacto una vez que este se ha establecido) (Grant 1968, 1972; Schelde y Hertz 1994). (Todas estas señales pueden verse en la cara de la madre en el diagrama de un microanálisis.) El hecho de que los infantes pequeños de cualquier lugar pueden reconocer y responder fácilmente a estas señales argumenta a favor de su importancia evolutiva en la comunicación humana.

Otros estudios indican que ciertas conductas esenciales en las interacciones sociales –recibir elogios y darlos, reconocer, alentar, consolar, sonreír y tocar– sirven como reguladores de los estados fisiológicos y de ánimo de los adultos (Maguire y Troisi 1987, p. 234). Estas mismas acciones e intenciones –codificadas en expresiones faciales, contornos vocales y ritmos especiales– son precisamente lo que los infantes despiertan en sus madres y lo que muchas madres otorgan de manera automática y abundante. La capacidad del infante de reconocer las intenciones y los sentimientos positivos del otro a través de movimientos cíclicos (de cara, cuerpo y voz) secuenciados rítmicamente, coordinados (en tiempo e intensidad –o sea, ritmo y modo) con sus propios movimientos expresivos, es un fenómeno que no ha sido suficientemente apreciado. La existencia de mecanismos evolutivos en las madres para la producción espontánea de estas señales secuenciadas y coordinadas rítmicamente, y la sensibilidad evolucionada de los recién nacidos para reconocerlas y replicarlas (en un momento del desarrollo en que tienen algunas pocas capacidades psicológicas), brinda argumento a favor de su importancia primordial en la infancia. Incluso los niños más grandes y los jóvenes adultos con déficits mentales profundos (por ejemplo, movilidad reducida, habilidad limitada para usar el lenguaje) pueden participar y disfrutar de tales interacciones con cuidadores sensibles, indicando sustancialmente “un sistema biológico robusto de comunicación emocional básica” (Buford 1988).

El hecho de que este tipo de conductas influyan en los sistemas neurofisiológico, endocrinológico e inmunológico, así como la exigencia de su presencia para la salud emocional y física de los adultos, indican su importancia evolutiva en el bienestar humano -no sólo en la infancia sino a lo largo de toda la vida. Como humanos evolucionamos en un tipo de criatura que necesita los signos de la mutualidad –elogio, reconocimiento, aliento, consuelo, tacto afectivo y sonrisas cariñosas- al igual que evolucionamos como seres que necesitan alimento, agua y luz. De no tenerlos estamos incompletos y hasta podríamos perecer. Si falta mutualidad, falta humanidad.

El par madre-infante como “eslabón crucial” en el éxito reproductivo

Todos los que están leyendo estas páginas son un testimonio del éxito reproductivo de sus ancestros. Si tiempo atrás, nuestros padres y los de ellos no se hubiesen conocido y apareado precisamente cuando lo hicieron, no estaríamos aquí y ahora leyendo libros, ponderando nuestros orígenes, apareándonos y reproduciéndonos. Por supuesto, la reproducción exitosa requiere de algo más que de estrategias de apareamiento. No implica solamente encontrar el compañero correcto sino también todas las cosas que la gente hace y afectan sus vidas –percibir, pensar y actuar en todas las variadas circunstancias en las que se encuentran por azar o designio– contribuyen a la supervivencia y a la reproducción, así como lo hace el cuidado que se le brinda a los descendientes.

Aun así, es interesante ver el énfasis de las investigaciones sociales actuales en temas relacionados al apareamiento. De los cincuenta artículos distribuidos en dos volúmenes (12 números) de *Ethology and Sociobiology*, publicación oficial de *Human Behavior and Evolution Society*, en 1995-96 [12], solo veintitrés (o el 46 por ciento) se ocupan de estrategias de apareamiento o de las diferencias sexuales que afectan las estrategias de apareamiento. Diez (20 por ciento) reportaron varias actitudes o prácticas sociales entre familias que indirectamente afectan la fertilidad –por ejemplo, evitación del incesto, espaciamiento entre nacimientos o patrones de herencia económica o de propiedades. Los restantes diecisiete estudios se ocuparon de una variedad de tópicos difíciles de categorizar: por ejemplo, actitudes hacia la homosexualidad, prácticas culturales tales como la escarificación o el sostener a un niño en el lado derecho o izquierdo del cuerpo, la asociación entre ánimo y la preferencia por el paisaje, preferencias cognitivas evolutivas que afectan la elección de asistir a otros, y efectos del enunciado en la toma de decisiones morales. Sólo dos artículos de un total de cincuenta (4 por ciento) trataron de manera directa temas relacionados con el cuidado maternal de los niños y su contribución al éxito reproductivo.

Obviamente, el sexo en nuestra especie es más atractivo para los investigadores, ya sean hombres o mujeres, de lo que lo son las interacciones madre-infante. Uno no debería sorprenderse. Pero aun así debe señalarse y enfatizarse que entre los Resultados de una Estrategia de Apareamiento Exitosa (esto es, una concepción fértil con un resultado vivo y sano) y el Retoño Completo que es Capaz de Ser Favorecido por su Familia con Opciones Estratégicas (por ejemplo, con intervalos de nacimiento prolongados o una gran herencia) y Quien Luego se Embarca en Estrategias de Apareamiento Exitosas Propias hay un eslabón perdido crucial y pasado por alto: el literalmente vinculado por madre-infante. Sin sus capacidades conjuntas que evolucionaron para el interés mutuo y el involucramiento, todas las estrategias humanas de apareamiento serían como semillas arrojadas al viento, y todas las actitudes invertidas por la familia serían innecesarias. Todos sabemos esto, pero el interés del campo de la psicología evolucionista se ha centrado abrumadoramente en juntar a los

gametos o en inversiones diferenciales (ya sea de manera inadvertida o deliberada) en el resultado del retoño.

De todas maneras, echemos un vistazo a algunas de las numerosas capacidades innatas que contribuyen a la mutualidad madre-infante –evidencia de su contribución crucial al éxito reproductivo. Los recién nacidos, inclusive los recién nacidos prematuros, son receptivos a las voces humanas y se aquietan para escucharlas en preferencia a cualquier otro sonido. Pueden reconocer la voz de su madre, a la cual se han acostumbrado desde el útero y la prefieren a la voz de cualquier otra mujer (DeCasper y Fifer 1980). Son además sensibles desde el nacimiento a configuraciones de rostros humanos, especialmente a los ojos – a las 7 u 11 semanas de vida los miran diez veces más tiempo que a la boca (Haith, Bergman y Moore 1977). Contrariamente a algunas teorías psicológicas de los años `40 y `50, que declararon que los recién nacidos no pueden ver, escuchar o sentir, se ha observado que pueden imitar expresiones faciales (tales como cerrar los ojos, mover las cejas, abrir la boca, o proyectar sus labios o lengua hacia afuera), vocalizaciones y apertura y cierre de manos (Kugiumutzakis 1993; Meltzoff y Moore 1977) [13].

Lejos de ser receptores pasivos, responder solamente con reflejos a los estímulos –tal como se pensó alguna vez-, los bebés vienen al mundo activamente listos para comunicar sus necesidades, sentimientos y motivaciones a otras personas, al igual que preparados para el enganche simpatético de expresiones vocales, faciales y gestuales. Inclusive los fetos tienen áreas de la corteza cerebral específicamente formadas para comprometerse en la vida cultural y adquirir habilidades tradicionales (Trevarthen 1987, p. 107; 1997). A partir de los análisis realizados en filmaciones de rutinas de babytalk, hemos aprendido que los bebés mismos provocan en los adultos el tipo de sonidos, movimientos y acciones que son necesarias para el crecimiento normal de sus mentes (Greenspan 1997). Después de todo, los adultos actúan y hablan a los bebés como lo hacen porque está demostrado que les gusta. Las madres reconocen o aprenden espontáneamente (porque son recompensadas con sonrisas, arrullos y signos de entonamiento aún más sutiles) que sus bebés requieren de esta conducta extrema que, si se produce para cualquier otro, resultaría embarazosa o tonta.

El babytalk es un excelente ejemplo de conducta que ha evolucionado a través del tiempo, entre dos personas que han tenido que prestarse mucha atención y responderse una a la otra. Las señales que cada una daba tenían que recompensar a la otra: “Miraré a tus ojos y sonreiré y tú me sonreirás y harás esas caras maravillosas y sonidos fascinantes (que ayudan a que mi cerebro se desarrolle aunque ninguno de los dos nos demos cuenta.)” Luego: “Hablaré y actuaré de esta manera tonta, y tu sonreirás y te unirás en el ritmo, y ambos estaremos inundados de delicia.”

Nadie enseña a los infantes a sonreír: espontáneamente producen estos signos sociales de receptividad e intenciones amistosas reconocidos universalmente sin conocimiento alguno de que serán utilizados en miles de ocasiones futuras. De manera similar, automáticamente realizan sonidos vocales que muchos meses después se desarrollarán como lenguaje hablado. La visión usual que se tiene del lenguaje es que evolucionó para ayudarnos a nombrar el mundo, y adicionalmente se volvió útil para permitirnos pensar y comunicar información entre nosotros. Esta asunción es razonable aunque es importante estar advertidos de que lo que nos comunicamos unos a otros, raramente es simple información fáctica verbalizada, si es que alguna vez lo es.

El babytalk, tal como fue descrito arriba, no tiene nada que ver con el intercambio de información verbal sobre el mundo, pero sí tiene que ver con la participación en una expresión espontánea de acuerdo y con una narrativa de sentimientos, ideas e impulsos a actuar. Es este deseo de compartir la experiencia emocional el que motiva la vocalización temprana (o “el habla antes del discurso”) y ubica al niño en “el camino hacia el lenguaje hablado,” como lo describió de manera hermosa el neurobiólogo del lenguaje John L. Locke (1993) – y no la necesidad instrumental de pedir o nombrar cosas, que viene después [14]. Desde este punto de vista, el lenguaje emerge y expresa primero necesidades emocionales de mutualidad y pertenencia, aunque eventualmente también se volverá un instrumento de razonamiento simbólico y análisis intelectual.

Estos orígenes preverbales del lenguaje y de la comunicación generalmente han sido pasados por alto (sino descartados (por ejemplo, Pinker 1994, p. 40)). En el habla adulta la emoción continúa siendo expresada en rasgos tales como la entonación (melodía del habla), el ritmo, la acentuación, el tempo, la amplitud, las pausas y la calidad vocal. Psicolingüistas, filósofos y teóricos literarios contemporáneos frecuentemente discuten acerca del lenguaje como si sólo tuviese que ver con significantes y símbolos –palabras- y su organización sintáctica y gramatical. Considerar la manera en que el lenguaje se origina y desarrolla en el infante prelingüístico, proporciona una visión más amplia y sugiere que, como la música, se construye sobre una habilidad comunicativa emocional primitiva inherente a cada infante.

El impulso innato para la mutualidad observado en las protoconversaciones más tempranas se hace evidente en otras conductas de niños pequeños no enseñadas. Los bebés de un año de edad y los deambuladores le entregan cosas a otros de manera espontánea y esperan que el otro se las devuelva. Esta temprana inclinación a la reciprocidad – a mostrar y compartir- surge de nuestra naturaleza homínida ancestral. La bipedestación dejó libres las manos y los brazos para cargar cosas y alcanzárselas a otros. A diferencia de nuestros parientes primates, quienes se consiguen su propia comida y –al no poder transportarla más que con la boca- la comen en el lugar, todos los cazadores-recolectores llevan comida a sus casas para compartirla con otros (Lancaster 1978) [15].

Los infantes (inclusive los recién nacidos), bebés y niños pequeños pueden imitar a otros de manera natural, y cambian el rasgo que eligen imitar a través del tiempo. No buscan solamente satisfacción, sino también satisfacer a otros. La imitación permanece como una forma inconsciente de satisfacer: aún en adultos, emparejar o reflejar especularmente las conductas de manera inconsciente induce sentimientos positivos en un compañero de conversación y puede literalmente comunicar un acuerdo. Cuando los adultos hablan entre sí, están sincronizados temporalmente –un tipo de imitación- como lo están las madres y los bebés en el enganche. Ellos también responden inconscientemente a un cambio en las señales inconscientes de sus compañeros, que se da en fracciones de segundos en una improvisación de mensajes emocionales y motivacionales que cambia permanentemente y que subyace a los intercambios de información conversacionales hablados.

A medida que los chicos crecen, espontáneamente imitan las actividades de sus mayores –cocinan, hacen compras, manejan de manera ficticia-. Llamamos “juego” o “como si” a este tipo de imitación. Como la sonrisa juguetona, el compartir y la sincronización espontánea en la mutualidad madre-infante, el juego tardío deliberado inyecta cultura por medio de la práctica que brinda la realización de lo que es necesario para un modo de vida particular, así como jugar a cazar le enseña a los gatitos a cazar. El juego de los niños puede verse como “competitivo”, tal como sucede con el juego animal,

pues prueba la propia fortaleza frente a la de otros. El juego también enseña a los niños a encajar en un grupo, les provee oportunidades de satisfacer a otros y de recibir atención positiva y aprobación. Los ayuda a sentirse valorados y validados y, por supuesto, a usar su imaginación.

El hecho de que los niños estén preparados de manera innata para jugar (así como antes estuvieron listos para sonreír, imitar, sincronizar, y ser recíprocos) indica cuán importantes han sido la simpatía y la cooperación para nuestra especie –demasiado importantes para dejarlas al azar. De esta manera los rasgos que crecen desde la mutualidad son tan fundamentales para la naturaleza humana como lo es el auto-interés. De hecho, podemos pensar en rasgos de egoísmo, crueldad, enojo y codicia no sólo como necesidades, sino como tácticas para obtener lo que necesitamos, o más bien lo que pensamos que necesitamos cuando sentimos que nuestras necesidades materiales y psicológicas han sido o son cubiertas de manera insuficiente. Estudios de larga duración han demostrado que los niños que resultan ser líderes son aquellos que fueron amigables en grupos de juego –mostraron señales de no agresión, apaciguamiento y conciliación durante conflictos incipientes (Morgan 1995, pp. 148-149).

A medida que los humanos desarrollaron modos de vida divergentes hubo posibilidades para una mayor variación en las costumbres, incluyendo las tradiciones de cuidado infantil, a las que se les dio un valor simbólico y fueron transmitidas verbalmente a través de preceptos y por medio del ejemplo. Cada grupo cultural ha desarrollado tradiciones y convenciones sobre la crianza de sus jóvenes (así como de cualquier otro asunto importante).

Aun así la variedad de prácticas de crianza infantil parece estar construida sobre la disposición común en los infantes (y la preparación en las madres) para desarrollar y sostener mutualidad –las sensibilidades y competencias rítmicas multimodales que habilitan el emparejamiento, la toma de turnos, la sincronía y otros indicadores de compartir un estado emocional. Por lo tanto, creo que podemos mirar las tendencias innatas de todo infante a imitar, sonreír y sincronizar como adaptaciones conductuales de tiempos ancestrales, como lo son las tendencias correspondientes en los cuidadores, especialmente las madres, a responderles con ternura y reciprocidad. Aún en sociedades tales como las de los Gusii de Kenia, mencionadas anteriormente, que evitan el contacto ocular y hablarle a los bebés, así y todo los bebés estaban dispuestos para la interacción. Cuando los investigadores occidentales les pidieron a las madres Gusii que jueguen y hablen con sus hijos, los bebés obviamente lo disfrutaron, respondiendo con vocalizaciones arrulladas, grandes patadas y amplias sonrisas (Dixon *et al.* 1981).

No es arriesgado decir que los infantes vienen al mundo “esperando” la presencia de un otro cuidador -una Madre Virtual. El hecho de que desde el nacimiento tengan disposición para encontrar muy interesantes el rostro y la voz humana, para imitar movimientos faciales (aún antes de saber que poseen una cara), y para ajustar los movimientos de sus cuerpos a los ritmos de las voces humanas, parece ser evidencia convincente de que están innatamente predispuestos a las relaciones. La preparación del adulto para proveer las pistas que los infantes necesitan (los tipos de expresiones faciales y movimientos corporales que llaman más la atención, y las vocalizaciones con la entonación, volumen, ondulación y ritmo más atractivos) junto con su preparación para ajustar y cambiar estos rasgos para emparejarlos con los requerimientos cambiantes del bebé, indican que son inherentemente capaces de ayudar a sus hijos a crecer en mutualidad.

Legados de la mutualidad

La afiliación a otros (incluyendo las variedades de amor mencionadas al principio de este capítulo) está prefigurada en la relación madre-infante. Allí, cada uno de nosotros encuentra por primera vez los mecanismos corporales de la mutualidad y aprende a elaborarlos. Las definiciones de “mutuo” que brinda el diccionario -dirigido por cada uno hacia el otro o los otros; tener los mismos sentimientos el uno por el otro; compartido en común; en conjunto; caracterizado por la intimidad- describe muy bien las interacciones que los psicólogos han observado entre las madres y sus bebés. También describen los momentos de mayor satisfacción entre amigos cercanos, incluso entre un grupo de amigos y entre amantes, los cuales podrían ser recordados toda la vida. Las uniones profundas que sentimos en lo que Freud llamó “experiencias oceánicas” –la satisfacción sexual, el entendimiento completo entre amigos íntimos o amantes- están prescriptos en la unión de mutualidad. Son todas experiencias positivas, “fluidas”, sin límites, las más significativas que conocemos. Al final del capítulo 5, sugiero que inclusive los sentimientos de unidad trascendental que pueden surgir cuando hacemos o experimentamos las artes, las transfiguraciones religiosas, noéticas o espirituales, se basan, al menos en parte, en estas propensiones innatas para la mutualidad.

Aunque los humanos tengamos una predisposición a las expresiones rítmico-modales de la mutualidad con cuidadores y otros familiares cercanos, y aunque estos intercambios sean necesarios para la supervivencia del infante, eventualmente se volverán medios para otros fines. Las expresiones de mutualidad madre-infante ocurren en breves ciclos que pueden durar apenas algunos segundos, y en sociedades cazadoras-recolectoras u otras similares (que serán descritas en el capítulo 2) pueden tener lugar con algunas o incluso con muchas personas más. No son exclusivas de las relaciones diádicas, y pronto son reemplazadas por eventos grupales estructurados de manera similar que unen a numerosas personas y duran más tiempo.

En los capítulos siguientes muestro la manera en que en sociedades pequeñas (y probablemente ancestrales) estas expresiones son transformadas en sentimientos de pertenencia a un grupo y de compartir ideales propios. En sociedades modernas heterogéneas, en las cuales tenemos relaciones de varios tipos (ni siquiera necesariamente cara a cara) con una variedad de personas que solamente nos conocen en ciertos roles o en ciertos momentos de nuestras vidas, y que usualmente no se conocen entre sí, la mutualidad y la pertenencia son menos inclusivas y están bien definidas. Quizás esta disrupción a nuestra naturaleza evolutiva explica, al menos en parte, la obsesión con el amor sexual romántico que aparece en las canciones y pasatiempos populares de la sociedad moderna.

Me pregunto si la excesiva cantidad de tiempo y esfuerzo que algunos de nosotros empleamos en buscar, encontrar y luego recuperarnos de una historia de amor, y de los usuales amargos desencantos con amores de este tipo, no deviene en parte de los intentos desesperados por llenar un vacío, inexistente en tiempos ancestrales. Me atrevo a decir que ninguna otra sociedad está tan preocupada con el amor romántico como la América contemporánea, ni lo considera el principal sentido de vida.

Se me ocurre que la palabra o el concepto “enlace”⁷ se volvió parte de la cultura popular alrededor del mismo momento en que los lazos tradicionales entre matrimonios y entre padres e hijos dejaron

⁷ N. del T.: En el original “bonding.”

de ser inmutables [16]. Quizás nuestras propias inseguridades requirieron de un proceso o entidad psicológica reconocida, como si de alguna manera eso lo volviese más confiable que el “apego”, el término que había sido usado por etólogos para madres e infantes humanos y monos en los años `60. Si uno puede apegarse, presumiblemente puede desapegarse –en cambio lo que la palabra enlace representa suena tan indestructible como el pegamento *epoxi*.

La creciente tendencia de los padres trabajadores a depositar sus infantes en guarderías, a partir de la sexta semana de nacidos, durante unas treinta y cinco a cuarenta horas por semana (o imperativos gubernamentales que exigen que la madre soltera deje la asistencia social –y a sus hijos pequeños- para ir a trabajar) no parece promisorio para la construcción del tipo de relación madre-infante que devino de la evolución y ha caracterizado a los humanos por decenas (si no centenas) de miles de años.

Estudios transculturales indican que los infantes pueden no requerir de una relación exclusiva con un solo cuidador, tal como algunos teóricos occidentales del apego han declarado (por ejemplo, Schore 1994). En sociedades pigmeas Aka, por ejemplo, los infantes de entre un mes y cuatro meses son cargados por sus madres menos del 40 por ciento del tiempo y son transferidos entre adultos y niños más grandes más de siete veces por hora (Hewlett 1991). Los infantes pigmeos Efe a las tres semanas pasan el 39 por ciento de su tiempo en contacto físico con personas que no son sus madres, y el 60 por ciento a las dieciocho semanas. Estas interacciones son descritas como “positivas y juguetonas” (Tronick, Morelli y Winn 1987). Podría esperarse que el personal de las guarderías americanas, como los Aka, interactúen con y estimulen a los infantes durante el día, “hablándoles, jugando con ellos y demostrándoles afecto” (Hewlett 1991, p. 32).

Notas

1. El psicoanalista Erik Erikson es bien conocido por usar el término “mutualidad”, que en su esquema, es el origen de lo que luego serán las fases críticas del desarrollo psicosocial individual. No he sido influenciada específicamente por Erikson, ni he tomado prestado de él este término de manera consciente, pero estoy segura de que hay puntos en común en nuestro pensamiento.
2. Evans-Pitchard (1940, p. 19) encontró que entre los Nuer, inclusive los temas conversacionales de las niñas los llevaba inevitablemente a hablar de ganado, que es el foco central de las relaciones sociales y económicas de los Nuer.
3. Hablando estrictamente, debido a que los ojos y los oídos de los infantes humanos están abiertos desde el nacimiento, son altriciales de manera secundaria (Martin 1990, p. 426; Portmann 1941), un desarrollo especial del patrón primate precoz.
4. En este capítulo y en otras partes del libro, me refiero al bebé como “eso”⁸, de modo tal de evitar el uso del inmanejable “él o ella” o “el(la).” En el idioma alemán, “bebé” y “niño” son sustantivos “neutrales”, de modo tal que el pronombre “eso” usado en inglés para objetos inanimados o vida no humana no suena degradante, como le puede sonar aquí a algún lector inglés. Pido disculpas pero creo que mi elección hace que la lectura sea más amena.
5. En este libro uso el término “babytalk” para referirme específicamente a la conducta interactiva entre adultos e infantes no-verbales de menos de 6 meses de edad que describo en el presente capítulo. No lo utilizo en el sentido lingüístico, como discurso imperfecto dirigido a infantes mayores y deambuladores (por ejemplo, “vayamos a hacer noni-noni”).
6. La mayoría de los estudios de interacciones tempranas se han llevado a cabo en América del Norte y Europa Occidental. No sorprende que se hayan encontrado diferencias en las prácticas de clases

⁸ N. del T.: En el original “it.”

socioeconómicas y grupos étnicos diferentes en los Estados Unidos (Fajado y Freedman 1981; Feiring y Lewis 1981; Field y Widmayer 1981) y entre diferentes nacionalidades y clases socioeconómicas europeas (Lewis y Ban 1977). También se han observado variaciones entre sociedades nativas americanas diferentes –Hopi y Navajo (Callaghan 1981) y Maya (Brazelton 1977)- y diferentes sociedades africanas (Lewis y Ban 1977). Algunas de estas y otras sociedades se describen con mayores detalles en el capítulo 2. En su mayoría, las diferencias son pequeñas y se relacionan con la proporción del tiempo que se usa para mirar, sonreír y vocalizar por parte de la madre o del infante y con la cadencia e intensidad del encuentro. Para los japoneses “resonancia corazón a corazón (inter-jo),” ver Nakano 1996.

7. Leakey (1994, p. 48) propuso que el H. Erectus de hace 1.7 millones de años mostró cuidados parentales intensos (ver nota 9, Introducción).
8. Otra sugerencia es que el tamaño y la forma de los pechos humanos femeninos son para los hombres una señal de potencial reproductivo: inmaduro, maduro y prometedor, fecundo, lactante, pasado de punto, postreproductivo (Coe y Steadman 1995, p. 213).
9. Aún las madres sordas utilizan una versión de “babytalk” en lenguaje de señas (simplificada, exagerada y repetitiva), que el bebé sordo prefiere a las señas orientadas al adulto (Masataka 1996).
10. Por supuesto que pueden verse “desentonamientos”, como en ocasiones en las que uno u otro miembro del par no es responsivo o cuando la madre es “intrusiva,” incapaz de leer las señales de sobre estimulación del bebé y su deseo de “desentonzarse”⁹ o desacoplarse.
11. Howard Gardner (1973) llamó a tales propiedades “vectoriales”, así me he referido a ellas en trabajos previos (Dissanayake 1988, 1992). Un observador de interacciones entre madres y bebés sordos concluyó que a los seis meses de edad los infantes están tan predispuestos a atender presentaciones lentas, movimientos exagerados de brazos y manos y repeticiones frecuentes de señas, como lo están los infantes no sordos a atender a su contraparte en el habla (Masataka 1996).
12. Desde 1997 la publicación ha sido llamada *Evolution and Human Behavior*.
13. Para buenos resúmenes de habilidades infantiles ver Friedrich 1990, Begles 1998, y Grunwald 1998.
14. A los trece meses, la mayoría de las palabras tienen que ver con (i) padres, (ii) pedidos/negaciones y (iii) saludos (Hauser 1996, p. 338). Ver también Simon Barón-Cohen (1995, p. 132): “El impulso de conversar no es lingüístico, yace en el desarrollo del sistema que lee las mentes (esto es, ‘la necesidad de comunicar acerca de una realidad compartida’ (p. 44)).”
15. Los chimpancés cazan de manera cooperativa y activamente comparten carne con otros en el grupo de alimentación, pero parecerían no transportar ningún tipo de comida para los que se quedaron en casa (Stanford 1996).
16. En 1989, Webster’s Ninth New Collegiate Dictionary definió “enlace” como “la formación de una relación cercana personal (como la que hay entre madre e hijo), especialmente a través de una asociación constante o frecuente.” Sin embargo, en el Oxford English Dictionary del mismo año el significado de la palabra –como en diccionarios americanos e ingleses previos- sólo se relacionaba con la construcción (por ejemplo, unir líneas de ladrillos), electricidad, petitioner para repagar dinero, o almacenar bienes en bonos. En el diccionario Longman de 1991, el primer significado de “lazo” (como verbo intransitivo) era “sostener conjuntamente o solidificar (como si) por medio de un lazo o vínculo; cohesión,” y segundo, “formar una relación emocional cercana con otro individuo.” La edición previa (1985) de Longman no había dado este segundo significado. Konrad Lorenz uso el término “lazo personal” en 1996 en su popular libro *On Aggression* en referencia al par formado por gansos, y Lionel Tiger, en *Men in Groups* (1969), introdujo el término “enlace entre hombres.” Una década más tarde, Klaus y J.H. Kennell publicó *Parental Infant Bonding* (1976), y en 1980 un artículo académico se tituló “Of Human Bonding” (DeCasper y Fifer 1980). Otros artículos científicos sobre apego usaron “lazo” y “enlace” a fines de los años ‘70, pero el término parece haber

⁹ N. del T.: En el original “tune out.”

entrado en el discurso popular recién en los años '80. Ahora es, por supuesto, extremadamente común.

Referencias

- Aitken, K. y Trevarthen, C. (1997). Self/Other Organization in Human psychological development. *Development and Psychopathology*, **9**, pp. 653-677.
- Baron-Cohen, S. (1995). *Mindblindness: An essay on autism an Theory of mind*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Beebe, B. (1986). Mother infant mutual influence and precursors of self and object representations. En J. Massling (Ed.) *Empirical Studies of Psychoanalytic Theories*, **2**, pp. 27-48. Hillsdale, N.J: Erlbaum.
- Beebe, B. y Gertsman, L. J. (1984). A method of defining 'packages' of maternal stimulation and their functional significance for the infant with mother and stranger. *International Journal of Behavioral Development*, **7**, pp. 423-440.
- Beebe, B. y Lachman, F. M. (1988a). Mother-infant mutual influence and precursors of psychic structure. In A. Goldberg (Ed.) *Progress in self psychology*, **3**, pp. 3-26. Hillsdale, N.J: Analytic Press.
- Beebe, B. y Lachman, F. M. (1988b). The contribution of mother-infant mutual influence to the origins of self- and object relationships. *Psychoanalytic Psychology*, **5**, pp. 305-337.
- Bowlby, J. (1969-80). *Attachment and Loss*. 3 vols. New York: Basic Books.
- Brothers, L. (1992). Perception of social acts in primates: cognition and neurobiology. *Seminars in the neurosciences*, **4**, pp. 409-414.
- Brothers, L. y Ring, B. (1992). A neuroethological framework for the representation of minds. *Journal of Cognitive Neuroscience*, **4**, pp. 107-118.
- Brothers, L.; Ring, B. y Kling, A. (1990). Response of neurons in the macaque amygdale to complex social stimulation. *Behavioral Brain Research*, **57**, pp. 53-61.
- Burford, B. (1988). Action cycles: rhythmic actions for engagement with children and young adults with profound mental handicap. *European Journal of Special Needs Education*, **3**, pp. 189-208.
- Coote, J. (1992). Marvels of everyday vision: the anthropology of aesthetics and the cattle-keeping Nilotes. En J. Coote y A. Shelton (Eds.) *Anthropology, Art and Aesthetics*, pp. 245-273. Oxford: Clarendon.
- Cousins, N. (1979). *Anatomy of an illness as perceived by the patient*. New York: Norton.
- De Waal, F. (1989). *Peacemaking Among Primates*. Cambridge: Harvard University Press.
- DeCasper, A. J. y Fifer, W. P. (1980). Of human bonding: newborns prefer their mother's voices. *Science*, **208**, pp. 1174-1176.
- Dixon, S.; Tronick, E.; Keefer, C. y Brazelton, T. B. (1981). Mother-infant interaction among the Gusii of Kenya. En T. M. Field, A. M. Sostek, P. Vietze, & P. H Leiderman (Eds.) *Culture and Early Interactions*, pp. 149-168. Hillsdale, NJ: Earlbaum.
- Dunning, J. (1994). *Secrets of the nest: The family life of North America birds*. Boston: Houghton Mifflin.
- Eimas, P. D. (1984). Infant competence and the acquisition of language. En D. Caplan, A. Roch Lecours, y A. Smith (Eds.) *Biological Perspectives on Language*, pp. 109-129. Cambridge: MIT Press.
- Ekman, P. (1992). Facial expressions of emotions: an old controversy and new findings. *Philosophical Transactions of the Royal Society of London*, **335**, pp. 63-70.
- Ekman, P.; Davidson, R. J. y Friesen, W. V. (1990). Emotional expression and brain physiology: II. The Duchenne smile. *Journal of Personality and Social Psychology*, **58**, pp. 342-353.

- Ekman, P.; Levenson, R. W. y Friesen, W. V. (1983). Autonomic nervous system activity distinguishes among emotions. *Science*, **218**, pp. 1208-1210.
- Fernald, A. (1992). Maternal vocalizations to infants as biologically relevant signals: An evolutionary perspective. En J. H. Barkow, L. Cosmides y J. Tooby (Eds.) *The adapted mind: Evolutionary psychology and the generation of culture*. Oxford: Oxford University Press.
- Grant, E. C. (1968). An ethological description of nonverbal behavior during interviews. *British Journal of Medical Psychology*, **41**, pp. 177-183.
- Grant, E. C. (1972). Nonverbal communication in the mentally ill. En R. Hinde (Ed.) *Nonverbal Communication*, pp. 349-358. Cambridge: Cambridge University Press.
- Greenspan, S. (1997). *The growth of the mind and the endangered origins of intelligence*. Reading Mass.: Addison Wesley.
- Haith, M.; Bergman, T. y Moore, M. (1977). Eye contact and face scanning in early infancy. *Science*, **198**, pp. 855-865.
- Harlow, H. F. (1958). The nature of love. *American Psychologist*, **13**, pp. 673-685.
- Harlow, H. F. y Zimmermann, R. R. (1959). Affectional responses in the infant monkey. *Science*, **130**, pp. 421-432.
- Hewlett, B. S. (1991). *Intimate fathers: The nature and context of Aka pygmy paternal care*. Ann Arbor, MI: University of Michigan Press.
- Kugiumutzakis, G. (1993). Intersubjective vocal imitation in early mother-infant interaction. En J. Nadel y L. Camaioni (Eds.) *New Perspectives in Early Communicative Development*, **23 (47)**. London: Routledge.
- Kuhl, P.; Andruski, J.; Christovich, I.; Kozhevnikova, E.; Ryskina, V.; Stolyarova, E.; Sundberg, U. y Lacerda, F. (1997). Cross-language analysis of phonetic units in language addressed to infants. *Science*, **277**, pp. 684-686.
- Lancaster, J. (1978). Carrying and sharing in human evolution. *Human Nature*, **1 (2)**, pp. 82-89.
- Lewkowicz, D. y Turquewitz, G. (1980). Cross-modal equivalence in early infancy: Auditory-visual intensity matching. *Developmental Psychology*, **16 (6)**, pp. 597-607.
- Locke, J. L. (1993). *The Child's Path to Spoken Language*. Cambridge: Harvard University Press.
- Lynch, M. P.; Oller, D. K.; Steffens, M. L. y Buder, E. H. (1995). Phrasing in prelinguistic vocalizations. *Developmental Psychobiology*, **28**, pp. 3-25.
- MacGuire, M. y Troisi, A. (1987). Physiological regulation-deregulation and psychiatric disorders. *Ethology and Sociobiology*, **8**, pp. 95-265.
- Marks, L.; Mameal, R. y Bornstein, M. (1987). Perceiving similarity and comprehending metaphor. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, **52 (1)**, pp. 1-92.
- Meltzoff, A. y Moore, M. (1977). Imitation of facial and manual gestures by human neonates. *Science*, **219**, pp. 1347-1349.
- Morgan, E. (1995). *The Descent of the Child: Human Evolution from a New Perspective*. New York: Oxford University Press.
- Nakano, S. (1996). Heart to heart (inter-jo) resonance: A concept of intersubjectivity in Japanese everyday life. *Annual Report*, **19**. Research and Clinical Center for Child Development, Faculty of Education, Hokkaido University, Sapporo, Japon.

- Papousek, H.; Papousek, M. y Koester, L. (1982). Sharing emotionality and sharing knowledge: A micronalytic approach to parent-infant communication. En C. E. Izard y P. B. Read (Eds.) *Measuring emotions in infants and children*, **2**, pp. 93-123. New York: Cambridge University Press.
- Pinker, S. (1994). *The language instinct: How the mind creates language*. New York: Morrow.
- Reynolds, V. (1975). *The biology of human action*. San Francisco: W. H. Freeman.
- Schelde, T. y Herts, M. (1994). Ethology and psychotherapy. *Ethology and Sociobiology*, **15**, pp. 383-392.
- Schore, A. N. (1994). *Affect Regulation and the Origin of the Self: The Neurobiology of Emotional Development*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Stern, D. (1985). *The interpersonal world of the infant*. New York: Basic Books.
- Trevarthen, C. (1979a). Communication and cooperation in early infancy: A description of primary intersubjectivity. En M. Bullowa (Ed.) *Before Speech: The beginning of Human Communication*, pp. 321-347. London: Cambridge University Press.
- Trevarthen, C. (1979b). Instincts for human understanding and for cultural cooperation: Their development in infancy. En M. von Cranach, K. Foppa, W. Lepenies y D. Ploog (Eds.) *Human Ethology: Claims and Limits of a New Discipline*, pp. 530-571. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Trevarthen, C. (1984). Emotions in infancy: Regulators of contact and relationships with persons. En K. Scherer y P. Ekman (Eds.) *Approaches to Emotion*, pp. 129-157. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Trevarthen, C. (1987). Brain development. En R. L. Gregory y O. L. Zangwill (Eds.) *The Oxford Companion of the Mind*, pp. 101-110. Oxford: Oxford University Press.
- Trevarthen, C. (1990). Growth and education in the hemispheres. En C. Trevarthen (Ed.) *Brain Circuits and Functions of the Mind*, pp. 334-363. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Trevarthen, C. (1997). Fetal and neonatal psychology: Intrinsic motives and learning behavior. En F. Cockburn (Ed.) *Advances in Perinatal Medicine*, pp. 282-291. New York: Parthenon.
- Trevarthen, C. (1998). The concepts and foundations of infant intersubjectivity. En S. Braten (Ed.) *Intersubjective Communication and Emotion in Early Ontogeny*, pp. 15-46. Cambridge: Cambridge University Press.
- Trevarthen, C. y Aitken, K. (1994). Brain development, infant communication, and empathy disorders: Intrinsic factors in child mental health. *Development and Psychopathology*, **6**, pp. 597-633.
- Tronick, E. Z.; Morelli, C. A. y Winn, S. (1987). Multiple caretaking of Efe (pygmy) infants. *American Anthropologist*, **89**, pp. 96-106.
- Turner, F. (1985). The neural lyre: Poetic meter, the brain, and time. En F. Turner (Ed.) *Natural Classicism*, pp. 61-108. Charlottesville: University Press of Virginia.
- van Hooff, J. (1989). Laughter and humour, and the "duo-in-uno" of nature and culture. En W. A. Koch (Ed.) *Nature of Culture, Proceedings of the International and Interdisciplinary Symposium*, **Octubre 7-11**, p. 1986. Bochum, Alemania: N. Brockmeyer.
- Wagner, S.; Winner, E.; Cicchetti, D. y Gardner, H. (1981). Metaphorical mapping in human infants. *Child Development*, **52**, pp. 728-731.
- Zajonc, R. (1985). Emotion and facial efference: A theory reclaimed. *Science*, **228**, pp. 15-22.